



## **Ventura de la Vega**

## **El tío Tararira**

Comedia en un acto

Personas

D. RAIMUNDO, viejo de 102 años. - D. AMBROSIO, alcalde. - D. EDUARDO, capitán de caballería. - LUCAS PERLERÍN, alguacil. - DOÑA BALTASARA, hermana de D. AMBROSIO. - MATILDE, pupila de D. AMBROSIO. - VECINOS DEL PUEBLO.

(La acción pasa en este año de 1848, en un pueblo del reino de Valencia)

Acto único

El teatro representa una galería que ocupa hasta el segundo bastidor, y allí termina sostenida en dos pilares, dejando ver un jardín con cerca y puerta de entrada en el foro. En la galería hay una puerta a la izquierda y otra a la derecha: mesa de despacho a la izquierda: velador a la

derecha, sofá y sillas.

Escena primera

LUCAS, solo.

(Está en mangas de camisa: ha dejado la chaqueta colgada de una puerta, y tiene entre manos una escoba, un plumero y una rodilla, de cuyos instrumentos usa alternativamente para barrer la galería, limpiar las sillas y quitar el polvo a todo.)

Pregunto yo: si alguno me viera así..., con el plumero en una mano y la escoba en la otra..., barre que barre y frota que frota..., ¿reconocería en mí a todo un alguacil del ayuntamiento constitucional de esta villa, cabeza de partido de la provincia de Valencia? Yo quisiera saber si un funcionario público, como soy yo, tiene obligación de barrer la casa del alcalde, de limpiar el polvo a los trastos, de regar el jardín... y hasta de servir a la mesa, como quiere doña Baltasara, su hermana, dando por razón que el alcalde debe tener siempre a mano la fuerza pública. ¡Ya se ve, como no tengo a quien reclamar... aguanto! (Sigue limpiando.) ¡Hola!... (Viendo al CAPITÁN que entra en el jardín por el foro.) Ahí está ya don Eduardo, el capitán... Ha tomado por paseo el venirse aquí todos los días desde Valencia, donde está con su regimiento. Aunque no son muchas leguas, ¡andárselas todos los días de Dios!... ¡Su busilis tiene el negocio!

Escena II

LUCAS, D. EDUARDO, que entra en la galería.

EDUARDO. -El alguacil está aquí.

LUCAS. -Buenos días tenga usted.

EDUARDO. -(Mirando alrededor.) Buenos días, amigo. (Aparte.) No veo a Matilde.

LUCAS. -(Con malicia.) ¿Buscaba usted a alguien?

EDUARDO. -Sí; a D. Ambrosio.

LUCAS. -¿Al señor alcalde?... ¡Mire usted que es desgracia! ¡Siempre viene usted cuando él no está!... Ni tampoco doña Baltasara..., y esa sí que lo va a sentir, porque le tiene a usted mucho afecto doña Baltasara.

EDUARDO. -Es una señora muy amable.

LUCAS. -¡Pues ya!... Lo que es amable... Pero vamos, es muy buena cristiana y muy...

EDUARDO. -Esperaré; D. Ambrosio no puede tardar.

LUCAS. -¡Quién sabe! Se fue al ayuntamiento. Andan ahora muy apurados por esos papeles que se quemaron... allá, cuando vinieron los franceses a quitar la Constitución...

EDUARDO. -Sí, el año 23: los registros de la parroquia.

LUCAS. -Eso es. ¡Vaya una barbaridad que fue aquella! Como que nadie puede acreditar que se ha muerto, ni que ha nacido... Por aquel año nací yo; pues si ahora quisieran decirme que no había nacido..., nada, no podría hacerlo constar; no hay partida de bautismo. Y como éste hay un sin fin de embrollos en el pueblo. ¡Pues digo, y un arrozal muy hermoso que me tocaba a mí heredarlo... y tampoco puedo! ¡Pero al fin y al cabo vendrá a parar a mí!

EDUARDO. -¡Hola!

LUCAS. -Sí, señor. Porque como no tiene dueño, el ayuntamiento ha dispuesto que se adjudique al vecino más viejo que haya en el pueblo.

EDUARDO. -Sí, ya he oído...

LUCAS. -Pues bien: el más viejo es mi tío Serapio, que tiene 84 años..., y como yo vivo con él...

EDUARDO. -¡Ya! ¿Y cómo es que hoy no vas a rondar por el pueblo?

LUCAS. -¡Vaya! Sí, señor; ahora voy. Tengo encargo de perseguir a los vagos y prenderlos. (Se pone la chaqueta y se limpia el polvo. Aparte.) ¡Cómo anda mirando! A mí no se me escapa nada. Quiere ver a la señorita doña Matilde..., pues, a la marquesita. ¡Anda muy enamorado de ella! ¡Ya sé yo lo que es eso! ¡Lo mismo me pasa a mí con Gregoria!

EDUARDO. -(Aparte.) ¡No parece! -Dime, Lucas, ¿no me has dicho que doña Baltasara ha salido?

LUCAS. -¿La quería usted ver?

EDUARDO. -Si estuviera ahí Matilde..., lo mismo era.

LUCAS. -También ha salido.

EDUARDO. -¡Ah!...

LUCAS. -Han ido a ver a las hijas del señor barón de la Encina..., un antiguo amigo del señor marqués..., porque el padre de doña Matilde era marqués, y ella, que es hija única...

EDUARDO. -Ya lo sé; mi hermana se ha educado en el mismo colegio que la marquesita.

LUCAS. -¡Y vea usted..., vea usted las revoluciones!... El marqués, que era dueño de casi todo lo que hay por estos alrededores..., ¡y ahora su hija no tiene un palmo de tierra!

EDUARDO. -El marqués, comprometido por sus ideas liberales, tuvo que emigrar el año 23...; vendió todos sus bienes para que no se los confiscaran, y cuando el año 34 volvía a España, con su hija de dos años, que perdió a su madre al darla a luz, naufragó a la vista de Valencia y pereció ahogado.

LUCAS. -¡Pobre señor! A la niña la salvó un marinero, y se hubiera muerto de hambre si D. Ambrosio no la hubiera recogido y criado.

EDUARDO. -Dime: y este D. Ambrosio, ¿no había sido administrador de los bienes del marqués?

LUCAS. -Sí, señor. Pues si éste fue el que le compró los bienes al marqués cuando emigró. Y ha de saber usted que por el pueblo se susurraba que..., ¡vamos, calumnias!..., porque D. Ambrosio, aunque se ha hecho rico de ese modo..., es un señor..., vaya..., muy cristiano. ¡Y qué sabio es!... ¡Dicen que es un santiguario muy hábil!

EDUARDO. -Anticuario.

LUCAS. -Eso. Y lo que es la señorita Matilde, la cría como a una hija.

EDUARDO. -Y dime, ¿no ha pensado nunca en casarla?

LUCAS. -Nada se ha dicho de eso. Y no la estaría mal..., porque doña Baltasara, la hermana de D. Ambrosio, la tiene una envidia..., y la anda siempre mortificando...

EDUARDO. -¿De veras?

LUCAS. -¡Vaya! ¡Algunas veces me da un coraje! ¡Pero como es hermana del señor alcalde!... ¡Qué ha de hacer uno!

EDUARDO. -¿Oyes?

LUCAS. -Parece que regañan. Será ella. (Entran en el jardín DOÑA BALTASARA y MATILDE.)

EDUARDO. -La misma. Y Matilde también.

Escena III

Dichos, DOÑA BALTASARA y MATILDE.

BALTASARA. -Lo dicho, dicho. No vuelves a poner los pies en casa de las niñas del barón. ¡Mal criadas! ¡Apenas me han dirigido la palabra!

MATILDE. -Pero si...

BALTASARA. -¡Digo que no vuelves allá! Bien puedes hacer este sacrificio... en cambio de los muchos que hemos hecho por ti.

MATILDE. -Bien, no volveré.

EDUARDO. -(Aparte.) ¡Infeliz!

BALTASARA. -(Mudando de tono.) ¡Oh, lo que está por aquí!... ¡Eduardito!...

MATILDE. -(Aparte.) ¡Eduardo!

EDUARDO. -No quería interrumpir a ustedes.

BALTASARA. -(Con dengues.) ¡Picarillo!... ¡Sorprender así las conversaciones de dos jóvenes..., de dos hermanas!... Porque a Matilde la miro como hermana... (Acariciándola.) Lo somos por el cariño... (MATILDE se sienta junto al velador y se pone a hacer labor.)

LUCAS. -¡Eso es verdad! ¡Se quieren mucho!... ¡Como que en el pueblo ha habido gentes que han creído que doña Baltasara era madre de doña Matilde!

BALTASARA. -(Colérica.) ¡Calle usted!

LUCAS. -¡Toma! Y bien podría ser...

BALTASARA. -¡Eres un animal!

LUCAS. -¡Vaya!... Pues yo ¿qué he dicho, qué?...

BALTASARA. -¡Calle usted!

LUCAS. -Bien está. (Aparte.) ¡Por todo se enfada!

BALTASARA. -Es mucho flujo de meterse en las conversaciones... ¡Yo le diré a mi hermano que te dé una reprimenda!

LUCAS. -(Aparte.) Lo mejor será huir el cuerpo. (Yéndose.) ¡Vaya un genio!... (Se va.)

Escena IV

Dichos, menos LUCAS.

BALTASARA. -¿Usted vendría a ver a mi hermano?

EDUARDO. -Sí; quería preguntarle si había él tenido carta de mi tío el general.

BALTASARA. -No sé; en la última que recibió, le decía el general que ya había hecho el empeño con el ministro para la gran cruz de Carlos III, que mi hermano desea tanto. ¡Esto se debe a la recomendación de usted!... ¡Pero crea usted que mi hermano la merece!... ¡Oh! ¡Se desvive por el bien del pueblo! Y ya vio usted en las elecciones... Pero qué, ¿no le escribe a usted su tío?

EDUARDO. -Está un poco picado conmigo.

BALTASARA. -¿Por qué?

EDUARDO. -Me ha enviado una licencia para ir a Madrid..., tenía empeño en ello..., y como yo no voy...

BALTASARA. -¡Es posible! Pues Matilde recibió ayer carta de su

hermana de usted, y nada le dice.

MATILDE. -¡Perdone usted! Eugenia me dice que el general está sumamente enfadado con su sobrino.

BALTASARA. -¿Y por qué tiene ese empeño en que se vaya usted?

EDUARDO. -¡Qué sé yo!... Proyectos que trae mi tío entre manos...

MATILDE. -(Con intención.) Y en los cuales insiste más que nunca.

EDUARDO. -¡Cómo!... ¿Usted sabe?...

MATILDE. -Eugenia me lo ha escrito todo.

BALTASARA. -¡Hola, hola!... ¿Se trata quizá de lazos conyugales?

MATILDE. -Muy ventajosos para Eduardo... y en los cuales había ya consentido.

EDUARDO. -(Con prontitud.) Estaba entonces libre mi corazón... Pero ahora...

BALTASARA. -(Con intención.) Vamos..., ¿pero ahora... qué? (Vuelve la cara, ve que MATILDE está mirando a EDUARDO y que se le cae el ovillo al suelo, y la dice con aspereza:) ¡Mira ese ovillo, que se te cae al suelo! (A EDUARDO, con ternura.) ¡Vamos..., continúe usted!

EDUARDO. -Ahora... he hecho otra elección.

BALTASARA. -(Con ternura.) ¡Ah!... ¿Y esa elección es la que le sujeta a usted aquí?

EDUARDO. -¡Sí, señora!... Y sin embargo, todavía ignoro si soy correspondido... No he merecido aún ni una palabra..., ni una mirada!

BALTASARA. -(Mirándole con dulzura.) ¡Ni una mirada!... (Volviéndose a MATILDE, y creyendo que mira por observarlos.) Atiende a tu labor..., la vas a echar a perder. (Volviendo a mirar a EDUARDO.) ¡Ay!...

EDUARDO. -En fin, estoy decidido a no marchar hasta saber cuál es mi suerte. Si no hallo ocasión de hablar..., me valdré de otros medios...

MATILDE. -(Aparte.) ¡Dios mío!

BALTASARA. -¡Ay, Eduardo!

AMBROSIO. -(Dentro.) ¡Bien está, bien está!

EDUARDO. -Viene gente..., yo me retiro.

BALTASARA. -Es mi hermano.

EDUARDO. -(Aparte.) Quiero salir de dudas al momento.

BALTASARA. -¿No quería usted hablarle?

EDUARDO. -Ahora tengo que hacer..., le veré luego. (Saluda y se va.)

BALTASARA. -(Aparte.) Pretexto para volver cuando yo esté sola.

Escena V

DOÑA BALTASARA, MATILDE, D. AMBROSIO.

AMBROSIO. -(Hablando a la puerta del foro con varios vecinos, que se retiran.) ¡Pero hombres, no seáis pesados! ¡No digo que faltan papeles, y eso no se puede hacer constar! (Entrando.) ¡Siempre reclamaciones, y dale..., por esos malditos registros que se quemaron! (A BALTASARA.) ¡Hola, te venía buscando!

BALTASARA. -¿Vienes del ayuntamiento?

AMBROSIO. -Sí, he triunfado; me he llevado todos los votos. El camino vecinal pasará por junto a mi hacienda de Alfalá.

BALTASARA. -¡Lo cual la hace valer un doble!

MATILDE. -¿De veras?

AMBROSIO. -¡Yo no he mirado sino los intereses comunales! Antes de votar les ofrecí regalará la villa este retrato... (Saca una caja de

rapé.)

BALTASARA. -¿De quién?

AMBROSIO. -¡Oh! ¡Esta es una antigüedad preciosa! ¡El retrato del Cid Campeador, conquistador de Valencia!... ¡Mira!... ¡Hecho por los moros! ¡Se conoce el estilo de aquellos bárbaros en el modo de estar pintado!...

MATILDE. -¡A ver!... ¡Jesús, qué cara!

BALTASARA. -¿Esto es lo que te trajo ayer el moro de los dátiles, a quien sueles comprarle estas cosas?

AMBROSIO. -Sí. Esta caja pertenecía al dey de Argel..., llevada de España, cuando la expulsión de los moriscos... Al tomar los franceses a Argel..., en el saqueo del palacio del dey se halló esta preciosidad..., con otras varias, que me irá trayendo el moro. ¡Vosotras no le dais valor a esto!... ¡Las mujeres no entienden de antigüedades! Otra noticia tengo que darte.

BALTASARA. -¿Cuál es?

AMBROSIO. -Mi hijo viene.

BALTASARA. -¿De veras?

MATILDE. -¿Vicentito?

AMBROSIO. -Sí.

BALTASARA. -¿Y cuándo?

AMBROSIO. -Dentro de pocos días.

BALTASARA. -¡Cuánto me alegro! ¿Y por mucho tiempo?

AMBROSIO. -Probablemente para no volverse a marchar.

BALTASARA. -¿Cómo es eso?

AMBROSIO. -Tengo el proyecto de casarlo.

BALTASARA. -¿A mi sobrino?

AMBROSIO. -Sí. ¿No adivinas con quién?

BALTASARA. -¡No!

AMBROSIO. -(A MATILDE.) ¿Ni tú?

MATILDE. -¡Tampoco!

AMBROSIO. -Pues Vicente tiene más penetración que vosotras. Al momento lo ha adivinado. Mira lo que me responde. (Da una carta a

MATILDE.)

BALTASARA. -(Mirando a MATILDE, y llevándose aparte a AMBROSIO.) ¡Calla! ¿Será tal vez?...

AMBROSIO. -Sí. Casándolo con ella, toma el título de marqués, le dan una plaza de oficial de secretaría..., y a mí la cruz que solicito.

BALTASARA. -¿De veras?

MATILDE. -(Después de leer.) ¡Cielos!

AMBROSIO. -(A MATILDE.) ¿Lo vas entendiendo?

MATILDE. -(Cortada.) Sí...; pero... no acierto a explicar...

BALTASARA. -¡Ya lo creo! Otro en nuestro lugar hubiera buscado para Vicente una novia rica.

MATILDE. -(Con prontitud.) ¡Es verdad!... Y por esa razón, no debo yo permitir que hagan ustedes ese nuevo sacrificio por mí.

AMBROSIO. -¡Qué sacrificio!... ¡Aquí no hay sacrificio! ¡Qué importan las riquezas!... En un matrimonio lo que hay que consultar es el corazón.

MATILDE. -Pues siendo así, con más razón debo rehusarlo.

AMBROSIO. -¿Cómo es eso?

BALTASARA. -¡Despreciar a mi sobrino! ¡Será porque no es marqués!

MATILDE. -¡Puede usted creer!...

AMBROSIO. -¡Calla, hermana!

BALTASARA. -(Colérica.) ¡No quiero! ¡Somos muy condescendientes con esta niña! Pues, señora mía, es preciso que usted se case..., y que se vaya a vivir con su marido. Aquí estamos dos solteras juntas, que nos hacemos mala obra la una a la otra.

AMBROSIO. -¡Vamos, vamos!... ¡Déjala! Matilde lo pensará; tiene bastante talento para conocer que en un matrimonio lo que hay que consultar no es el corazón... sino la conveniencia.

MATILDE. -¡Pues antes decía usted lo contrario!...

AMBROSIO. -Anda, anda a pensarlo..., y luego hablaremos.

BALTASARA. -No hay que pensarlo... ¡Se casará!

MATILDE. -(Aparte.) ¡Ah! ¡No quisiera ser ingrata!... ¡Pero Dios mío..., he de sacrificarme así! (Se va por la izquierda.)

BALTASARA. -¡Hacer ascos a un novio!... ¡Ah! ¡Si yo me viera en ello! (Se va por la derecha.)

Escena VI

D. AMBROSIO.

¡Todo lo echa a perder mi hermana con ese genio! Yo hablaré a Matilde cuando estemos solos, y obedecerá. No hay remedio: es preciso que se case: emparentando con ella somos marqueses..., me darán la cruz..., mi hijo brillará en la corte... Sí, sí: voy a escribírselo al general como cosa hecha. (Oye ruido fuera.) ¿Qué ruido es ese? ¡Ya vendrán con memoriales!... No estoy ahora para pensar en los negocios públicos. (Se sienta a escribir.)

Escena VII

D. AMBROSIO, escribiendo. LUCAS y D. RAIMUNDO en el jardín.

(LUCAS trae del brazo a D. RAIMUNDO: éste se le suelta, y viene con pasos vivos hacia la galería.)

RAIMUNDO. -¿Piensas que me he de estar esperando aquí todo el día? Estás fresco.

LUCAS. -¡No se me escape usted!... ¡Vaya..., que no se me escape usted!

RAIMUNDO. -¡Déjame en paz! Yo no necesito que me agarren para andar. No soy ningún niño.

LUCAS. -¿Pero dónde va usted? (Viendo que quiere entrarse por una de las puertas de la galería.) ¡Aguárdese usted aquí!... ¡Chist! Ahí está el señor alcalde. (A D. AMBROSIO.) ¡Señor alcalde!...

AMBROSIO. -(Escribiendo.) Luego me dirás: aguarda.

LUCAS. -Tiene usted que aguardar. (A D. RAIMUNDO.)

RAIMUNDO. -Sí: en cuanto ha dicho aguarda, lo he comprendido.

LUCAS. -¡Adiós!... ¡Ya está todo por medio! ¡Si lo viera doña Baltasara!...

(Se pone a limpiar las sillas y a colocarlas, de manera que así que D.

RAIMUNDO va a coger una para sentarse, LUCAS la toma y la limpia.)

RAIMUNDO. -Pues señor, esperaremos..., pero esperaremos sentado. El tal señor alcalde ni me ha mirado... ¡Toma! ¡Los funcionarios públicos son todos así!... ¡El público es lo último que llama su atención! Así hacen creer que tienen muchos negocios entre manos. Lo mismo hacía yo en mis tiempos..., cuando era escribiente de D. Roque Samperet, el fiel de

fechos. (A LUCAS.) ¡Hombre!, ¿me haces el favor de dejarme una silla?...  
¡Creo que estos muebles son para sentarse!

LUCAS. -No, señor: doña Baltasara dice que son para adornar la casa.

RAIMUNDO. -Chico, tú eres tonto.

LUCAS. -¡Yo soy alguacil!

AMBROSIO. -¡Silencio! Vamos a ver: ¿qué hombre es ese?

LUCAS. -Señor alcalde, es un vago. Le he encontrado a la entrada del pueblo sentado en la hierba..., en el sembrado de Juan Cornejo.

AMBROSIO. -(Escribiendo.) ¿Y qué?

LUCAS. -(A D. RAIMUNDO.) Vamos, responda usted al señor alcalde. ¿Por qué estaba usted fuera del pueblo y sentado en la hierba?

RAIMUNDO. -Estaba fuera del pueblo, porque todavía no había entrado en él; y estaba sentado en la hierba, porque en el campo no hay sillas..., ¡tonto!

LUCAS. -¡No me ponga usted motes!

AMBROSIO. -(Escribiendo.) ¡Vamos!

LUCAS. -Le pregunté cuál era su domicilio, y me respondió que venía a buscarlo.

AMBROSIO. -¿No sabe usted que la ley manda que cada uno tenga su domicilio?

RAIMUNDO. -Sí; pero la ley no se le da al que no le tiene.

LUCAS. -Esa no es respuesta.

RAIMUNDO. -Pues busca otra mejor..., ¡tonto!

LUCAS. -¡Que no me ponga usted motes!

RAIMUNDO. -(Mirándolo.) ¡Es cosa particular! A este chico le venía bien lo que se decía en mi tiempo: «es tonto como un Perlerín.»

LUCAS. -¡Calla!... ¿Cómo sabe usted mi nombre?

RAIMUNDO. -¡Oiga! ¿Eres tú hijo de Santiago Perlerín?

LUCAS. -¿Santiago Perlerín?... Ese era mi abuelo.

RAIMUNDO. -¿Tu abuelo?... Es decir, que se perpetúan los tontos en la familia. ¡Hombre, conque eres nieto de Santiago Perlerín!... ¡Qué feo era!... ¡No, y tú te das mucho aire!... (Riendo y dándole en el carrillo.) ¡Eh, eh, eh!

LUCAS. -(Riendo.) ¡Eh, eh, eh!... ¡Qué gusto..., que ha conocido a mi abuelo!... ¡Eh, eh, eh! ¡Ahora me alegro de haberle a usted preso!... Tome usted asiento. (Le da una silla.)

AMBROSIO. -(Levantándose después de cerrar la carta.) Esto ya está despachado. Conque, vamos a ver, buen hombre, ¿qué es lo que usted quiere? ¿Cuál es su nombre de usted?

RAIMUNDO. -(Levantándose.) ¿Mi nombre?... Tengo varios... Lo más común es llamarme el Tío Tararira.

AMBROSIO. -¿Qué?

LUCAS. -¿Tararira?

RAIMUNDO. -Sí: es un mote que me pusieron por la maña que tengo de decir siempre... ¡tararira!... ¡Eh, eh, eh!... ¡Yo siempre de broma!... No me enfado nunca... Tomo el tiempo como viene, los hombres como son, y... y ¡tararira!

LUCAS. -(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!..., ¡es chusco!..., ¡es chusco el viejo!

AMBROSIO. -¿Pero tendrá usted otro nombre?



RAIMUNDO. -Sí: me llamo Raimundo Lamprea.

AMBROSIO. -(Recordando.) ¡Lamprea!... Yo recuerdo haber oído ese apellido... ¡Lamprea!...

RAIMUNDO. -¡Yo lo creo! Pues si somos conocidos antiguos... ¡Le he visto yo a usted así... chiquitito!

AMBROSIO. -¡A mí!

RAIMUNDO. -Sí. Y luego... administrador del marqués de Alfolá. Si yo soy natural de ese pueblo..., y todos mis antepasados de padres en hijos... hasta el año 23..., cuando los franceses..., que tuve que escapar porque fui miliciano... ¡y andaba la paliza que cantaba el credo!

AMBROSIO. -¡Hola! ¡Conque es usted del pueblo!... ¡Súbdito mío! A ver, Lucas, arrímale una silla. (D. RAIMUNDO se sienta.) ¿Tendrá usted aquí familia?... ¡Tendrá usted casa?

RAIMUNDO. -Ni lo uno ni lo otro. Las jaranas políticas me han arruinado.

AMBROSIO. -¿Cómo es eso?

RAIMUNDO. -Sí, señor. Mi padre tenía su dinero puesto en los gremios; pero los gremios, en tiempo del Sr. Carlos III, se metieron a hacer negocios con el gobierno, y ¡tararira!... se hundieron. Luego, se crearon los vales reales...

AMBROSIO. -¡Papel que valía el 110 y 120!...

RAIMUNDO. -¡Sí, lo valía entonces! Todo el mundo se arrojó a dar su dinero en cambio de vales reales... Mi padre empleó en ellos lo poco que le quedaba. Pero vino el Sr. Carlos IV y la guerra del año 94..., ¡y tararira! ¡se llevó el demonio los vales reales! Entonces recogimos las caspicias del caudal, y las pusimos en una casa de comercio de Francia..., viendo que aquí en España no teníamos buena mano para la elección. Pues señor, ha venido ahora la república..., la casa de comercio ha quebrado... ¡y tararira! Esta ha sido peor que la de los gremios y la de los vales reales. Está visto que a mi dinero no hay forma de gobierno que le sea favorable. Con este último lance me he quedado desembarazado de negocios..., libre de cuidados. Y ya iba a buscar una recomendación para entrar en San Bernardino, cuando un conocido me contó que en el Boletín oficial de Valencia se decía que el ayuntamiento de este pueblo adjudicaba un arrozal, que resultaba sin dueño, al vecino que fuese más viejo. ¡Alto aquí!... Me meto en una galera, me apeo ahí cerca, en el camino real, tomo la vereda, llego al pueblo cansado, me siento un rato en la hierba..., este tonto me coge y me trae aquí. Lo celebro mucho: el arrozal es mío, venga para acá... ¡y tararira! Ya estoy contento.

LUCAS. -¡Cómo es eso!... ¡Poco a poco! El arrozal es de mi tío, que es el más viejo del pueblo... Tiene ochenta y cuatro años.

RAIMUNDO. -¡Bah!... ¡Es una criatura!

LUCAS. -¡Ochenta y cuatro años, cinco meses y siete días!

RAIMUNDO. -¡Una criatura!

LUCAS. -Y algunas horas.

RAIMUNDO. -¡Te digo que es una criatura! Yo tengo ciento dos años menos tres meses.

AMBROSIO. -¡Es posible!

LUCAS. -¡Ciento dos años!

RAIMUNDO. -Conque por mucho que tu tío corra, no me alcanza. Mi

abuelo murió de ciento diez y siete años: mi padre de ciento trece; y yo soy buen hijo, y pienso imitar en todo a mi padre..., ¡tararira!

LUCAS. -¡Ciento dos años! ¡El diantre de mi tío!... ¡ir a tirar hasta los ochenta y cuatro años para salir con que es una criatura! (Aparte.) ¡Ahora siento haberle preso!

AMBROSIO. -Y usted tendrá los documentos necesarios para acreditar su derecho: la fe de bautismo...

RAIMUNDO. -¡No tengo tal: yo no llevo nunca papeles! Pero aquí estará todo. En buscándolo en los libros de la parroquia... Raimundo Hermenegildo Lamprea... nació el 1º de septiembre de 1746. Al llegar al mundo me encontré con Felipe V; él salía cuando yo entraba.

AMBROSIO. -¿Pero no sabe usted que los libros de la parroquia se quemaron?

RAIMUNDO. -¿Qué me dice usted?

LUCAS. -Sí tal: el año 23.

AMBROSIO. -Se quemaron sin duda, porque todas las diligencias que se han hecho después para hallarlos han sido inútiles.

RAIMUNDO. -¿Qué está usted ahí diciendo, hombre? ¡Qué se habían de quemar!

AMBROSIO. -¿No?

RAIMUNDO. -¡No, señor! ¡Si lo sabré yo! ¡Me parece que fue ayer!..., cuando el año 23, al acercarse los franceses..., los cien mil nietos de San Luis..., ¡estos bárbaros del pueblo salieron con las cintas blancas, hechos unos foragidos por esas calles! «¡El cura es un negro!... ¡A quemarlo en la iglesia! ¡Viva la religión!» Y prendieron fuego a la sacristía. ¡Pobre cura! Luego le vi por esos mundos..., y me contó mil veces el lance. Viendo que las llamas tomaban cuerpo, agarró los libros y los escondió.

AMBROSIO. -¿Dónde?

RAIMUNDO. -¡Calla!... ¡Pues no me acuerdo!

AMBROSIO. -¡Hombre! ¡Qué desgracia!

LUCAS. -¡Que ha de ser desgracia! ¡Mejor para mi tío!

RAIMUNDO. -Luego se descolgó por una ventana y se escapó.

AMBROSIO. -Le haremos buscar, y que declare...

RAIMUNDO. -¡Qué ha de declarar!

AMBROSIO. -¿Por qué no?

RAIMUNDO. -Porque ha muerto.

AMBROSIO. -¡Qué fatalidad!

RAIMUNDO. -Murió al poco tiempo... Era viejo..., ¡y el susto!... (Cavilando.) ¡Señor!, ¿dónde me dijo que había escondido los libros?...

AMBROSIO. -¡A ver, a ver!

RAIMUNDO. -(De repente.) ¡Calle usted! ¡Ya creo que!... Sí. En la iglesia..., encima del altar mayor, ¿no hay un cuadro de San Vicente Ferrer?

LUCAS. -¡Montado en el burro!

RAIMUNDO. -¡Tú lo has dicho! ¡Pues eso es!... Mire usted: detrás del cuadro hay un nicho... y allí metió el cura los libros.

AMBROSIO. -¡Ah! Si sale cierto..., ¡qué servicio hace usted al pueblo!

LUCAS. -¡Y a mí! ¡Toma!... ¡Pues lo mismo me da! El arrozal entonces

me toca a mí heredarlo. Y en pareciendo los papeles...

RAIMUNDO. -¿Sí? ¡Pues no creas que tendré la menor pesadumbre! ¡Buen provecho te haga..., tararira!

AMBROSIO. -No se debe perder tiempo. Anda, avisa al señor cura que voy allá... Lleva unos mozos para desclavar el cuadro.

LUCAS. -¡Voy! (Aparte.) ¡Ah, buen viejo!... Ahora me alegro de haberle preso.

Escena VIII

D. AMBROSIO, D. RAIMUNDO.

AMBROSIO. -¡Ah! Si parecen los libros..., ¡qué gloria para mí!

RAIMUNDO. -¿Para usted?

AMBROSIO. -¡Oh! También usted..., por haber ayudado, tendrá su recompensa. Por el pronto quédese usted en mi casa.

RAIMUNDO. -¡Aquí!

AMBROSIO. -Sí; aquí se alojará usted por ahora... (Aparte.) Así no irá contando que ha sido él...

RAIMUNDO. -Bien; corriente. ¡Muchas gracias! ¡Es usted un joven muy generoso!

Escena IX

Dichos, DOÑA BALTASARA.

BALTASARA. -(Aparte.) Eduardo me está paseando la calle.

AMBROSIO. -¡Ah! Baltasara, te presento un huésped recién llegado: D. Raimundo Lamprea. Viene a reclamar sus derechos al arrozal. ¡Tiene 102 años!

BALTASARA. -¡102 años!

RAIMUNDO. -¡Sí, señora! ¿Y qué tiene eso de particular?

BALTASARA. -¡Vaya!... Debe ponerse en los periódicos... ¡Es una gloria para el pueblo!

AMBROSIO. -¡Dice bien!... ¡Pues no me había ocurrido! Eso hará hablar de la salubridad de estos aires..., de la buena administración...

BALTASARA. -¡Cuánto habrá usted visto!... ¿Hallará usted el mundo muy cambiado de como estaba cuando era usted joven?

RAIMUNDO. -¡Qué! ¡Nada de eso! El mundo... en el fondo es siempre el mismo. ¿Ve usted lo que pasa ahora? Pues lo mismo pasaba en tiempo de Fernando VI, cuando yo era joven, y de Carlos III, y de..., lo mismo. Entonces había todo lo que hay ahora..., hasta sus motines corrientes... ¡Yo me acuerdo del de Esquilache!... ¡Oh! ¡Aquél fue famoso! ¡Cómo gritábamos en la plazuela de Palacio!...: «¡Fuera Esquilache!» ¡Eh, eh, eh!... El rey salió al balcón..., y ¡tararira! Cayó Esquilache. ¡Eh, eh, eh!... ¡No, que no!

AMBROSIO. -(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Es un viejecito muy alegre!, ¿no es verdad, hermana?

RAIMUNDO. -¡Calla! ¿Esta señora es hermana de usted?

AMBROSIO. -Sí.

BALTASARA. -Baltasara Carrizo, servidora de usted.

RAIMUNDO. -¡Cómo! ¿La hija del tío Carrizo el sastre?

BALTASARA. -(Con prontitud.) ¡Comerciante de paños, señor mío!

RAIMUNDO. -¡Qué! ¡Sastre! ¡Vaya! ¡Pues si era mi sastre! Todavía me acuerdo de una vez que regañé con él por una chupa verde botella que me sacó corta. El verde botella era el color de moda entonces. ¡Qué

demonio!... ¡Eh, eh, eh! ¿Conque usted es aquella Baltasarilla que venía a registrarme los bolsillos por ver si llevaba caramelos? ¡Vaya, vaya! ¡Pues no la hubiera conocido!... ¡Cómo se ha desarrollado!

BALTASARA. -¡Algo!

RAIMUNDO. -¡Mucho! ¡Toma, ya lo creo!... ¡Como que de eso ya va fecha! ¡Eh, eh, eh!... Hará cosa de... A ver: ¿cuántos años tiene usted?

BALTASARA. -Mi partida de bautismo desapareció, señor mío.

RAIMUNDO. -¡Es verdad! Como las demás... Pero, aguarde usted... Sí..., ya me acuerdo..., usted nació el año de la guerra de las naranjas.

BALTASARA. -¡Yo!

RAIMUNDO. -Justamente. Ya tiene usted sus cuarenta...

BALTASARA. -Mien... ¡Se equivoca usted, caballero!

RAIMUNDO. -¡No me equivoco, no! La guerra de las naranjas fue el año... ¡Ay! Tiene usted razón: me equivoco.

BALTASARA. -¡Vaya!

RAIMUNDO. -Sí: me equivo... Son 47 años.

BALTASARA. -No puede ser.

RAIMUNDO. -(A D. AMBROSIO.) Pero conserva todavía una frescura..., un airecito, así, tan... que no parece... ¡Y qué guapa estaba vestida de ninfa... el año 14, cuando el rey Fernando, de vuelta de su cautiverio, pasó por aquí!

BALTASARA. -¿Acabará usted hoy? (Aparte.) ¡Si da en acordarse de todo!...

RAIMUNDO. -(A D. AMBROSIO.) ¿No se acuerda usted?... Con su coronita de rosas..., el pelito tendido..., y una tunicuita blanca, recogidita aquí (Señalando el muslo.) con un clavo romano... ¡Eh, eh, eh...! ¡Estaba muy guapa!... Luciendo la pier...

BALTASARA. -(Interrumpiéndole.) ¡Quiere usted callar!

AMBROSIO. -¡Amigo, tiene usted una memoria prodigiosa!

RAIMUNDO. -¡Toma! Yo me acuerdo de hace 90 años como de ayer. ¡Podría contarle a usted al pie de la letra la historia de mi juventud! ¡Ahora poco, cuando llegué a divisar mi pueblo, después de veinticinco años de ausencia, se me saltaba el corazón del pecho con tanto recuerdo delicioso! ¡La conmoción no me dejó andar..., y tuve que sentarme a tomar aliento! Me acordé de todo lo pasado..., de mi casita con el jardín..., de la ventana de mi cuarto con su tiesto de albahaca..., de las noches que pasaba leyendo las poesías de Gerardo Lobo y frotando las hebillas de los zapatos y las charreteras del calzón... ¡Oh! ¡Qué tiempo aquel!... Y luego por la mañana..., ¡cuando salía yo con mis polvos, tan compuesto!..., y las muchachas..., ¡ay, qué gusto!, las miraditas..., las cartitas amorosas..., y a veces..., ¡tararira!

AMBROSIO. -¡Hola, hola!... ¿Parece que no se perdió el tiempo? ¡Oh! La juventud..., ¡es la edad de los goces!

RAIMUNDO. -¡Toma! Y la vejez, la de los recuerdos: ¡algo es algo! ¡Eh, eh, eh!... ¡Yo con los recuerdos gozo mucho! Me pongo a recordar..., ¡a recordar!, me parece que me está pasando..., ¡y me rejuvenezco! Todas las edades tienen sus goces. ¡Crea usted que el vivir es una gran cosa!

AMBROSIO. -¡Vaya! ¡Es usted un verdadero filósofo! (Saca la caja.)

RAIMUNDO. -¡Tararira!... ¿Me permite usted?

AMBROSIO. -Con mucho gusto.

RAIMUNDO. -(Tomando un polvo.) ¡Hombre!... Tiene usted una caja...  
BALTASARA. -¡Una antigüedad preciosa!  
AMBROSIO. -¡Compadre, ésta es mas vieja que usted! Del tiempo de los moros.  
RAIMUNDO. -¿Ésta?  
AMBROSIO. -Hablo del retrato. Mírelo usted: es el...  
RAIMUNDO. -Es el retrato de Jaime el Barbudo.  
AMBROSIO. -¡Cómo!  
RAIMUNDO. -Sí: aquel famoso ladrón... ¡Y está muy parecido! Yo le vi ahorcar.  
AMBROSIO. -¡Vamos, vamos!... ¡Usted está soñando! Este es el retrato del Cid Campeador: ¡único que hay!  
RAIMUNDO. -(Sacando su caja.) ¿Único? Pues con éste son dos.  
AMBROSIO. -¡Cómo es eso!  
RAIMUNDO. -Estas cajas eran muy de moda en mi tiempo.  
AMBROSIO. -¡Jaime el Barbudo!  
RAIMUNDO. -El mismo. Son igualitos.  
AMBROSIO. -¡Y el tunante del moro, que me ha sacado dos onzas de oro por ella!  
RAIMUNDO. -¡Ha sido cara! Ésta me costó a mí siete reales... ¡y cuando era moda!  
BALTASARA. -(Riendo.) ¡También a los sabios se la pegan!  
AMBROSIO. -¡Por Dios, hermana..., no se lo cuentes a nadie!  
RAIMUNDO. -¿Se ha puesto usted triste?... ¡Lo siento! Me acontece muy a menudo el quitar ilusiones..., así, sin intención.  
AMBROSIO. -¡Haberme engañado de este modo!...  
RAIMUNDO. -¡Eso le sucede a cualquiera!  
AMBROSIO. -¡Es que yo he estudiado mucho!  
RAIMUNDO. -Y yo he visto mucho.  
BALTASARA. -(Mirando hacia la derecha.) ¡Calla!... ¡Eduardo dándole un papel a la doncella!... ¡Ese joven acabará por comprometerme! (Se va por la derecha.)  
Escena X  
D. RAIMUNDO, D. AMBROSIO, MATILDE, que sale por la izquierda.  
MATILDE. -Perdonen ustedes si interrumpo.  
AMBROSIO. -¿Qué hay?  
MATILDE. -La Gaceta de Madrid, que ha llegado.  
AMBROSIO. -(Tomándola.) Dame.  
RAIMUNDO. -(Aparte.) ¿Quién será esta niña tan guapita?  
AMBROSIO. -(Tomando la carta que escribió.) Mira, Matilde: hazme el favor de decir que lleven esta carta al correo.  
MATILDE. -Bien está, Sr. D. Ambrosio.  
RAIMUNDO. -(A D. AMBROSIO.) ¡Ah! Esta señorita ¿no es hija de usted?  
AMBROSIO. -No: es mi pupila: una huérfana... ¡Pero calle!, usted que es del pueblo, debe de haber conocido a su familia.  
RAIMUNDO. -¿Yo?  
AMBROSIO. -¡El marqués de Alfalá!  
RAIMUNDO. -(Conmovido.) ¡Cómo! ¿Aquél de quien era usted administrador?  
AMBROSIO. -¡Justamente!

RAIMUNDO. -¡El marqués!... ¡Es posible!... ¿Esta señorita es su hija?

MATILDE. -Sí, señor. ¿Y usted ha conocido a mi papá?

RAIMUNDO. -(Haciendo extremos de gozo.) ¡Que si le he conocido!...  
¡Ah, señorita!... ¡Déjeme usted..., déjeme usted que le bese las manos!...  
¡que la abrace..., que la...! ¿Hija del marqués?... ¿Y que si le he  
conocido?... ¡Dios mío!... ¡El bienhechor del pueblo!... ¡Mi salvador!...

MATILDE. -¿Qué dice usted?

AMBROSIO. -¿Pues qué hizo?

RAIMUNDO. -¿Qué hizo? ¡Friolera! Cuando la guerra con Napoleón, todos  
estos alrededores estaban inundados de guerrillas que tenían a los  
franceses en continua alarma. Un día se nos pone en la cabeza a unos  
cuantos irnos de caza al soto de la Culebra..., una legua del pueblo.  
Andresillo el sacristán..., Jeromo el tuerto..., D. Roque el fiel de  
fechos...; en fin, éramos unos diez o doce. Agarramos nuestras  
escopetas... y andando. Llegamos, nos comemos unas tortillas con jamón...,  
echamos un trago... y empezamos a dar tras de las liebres... ¡pim!...  
¡pam!... ¡Al demonio no se le ocurre en aquel tiempo! Pues señor..., en lo  
mejor de nuestra cacería, nos encontramos con una descarga cerrada que nos  
hacen de repente... y con un escuadrón de caballería que nos carga. Era  
una columna de franceses que nos toma por guerrilleros, nos atrapa, nos  
amarras codo con codo y nos lleva a Valencia. Allí estaba formado un  
consejo de guerra, que sin hacer caso de nuestros clamores, ni permitir  
defensa, ni oírnos, nos condenan...

MATILDE. -¿A muerte?

RAIMUNDO. -¡Andando! Pero felizmente la noticia del suceso se había  
esparcido... Se supo en este pueblo, llegó a oídos de su padre de usted...  
El buen marqués..., siempre dispuesto a hacer un beneficio, monta a  
caballo..., corre a Valencia... se presenta al mariscal Suchet... (¡que no  
era mal hombre!...) le habla al alma..., le informa del suceso, pone en  
claro la verdad..., ofreciendo sus bienes y su persona en prendas..., y  
consigue el perdón de todos nosotros... Ya estábamos en capilla... y allí  
nos le vimos entrar loco de alegría, y abrazarnos, y volvernos al seno de  
nuestras familias.

MATILDE. -¿Y fue mi padre?...

RAIMUNDO. -¡Sí, su padre de usted, a quien debimos la vida!  
(Enterneciéndose.) ¡Pobrecillo!... Algunos años después... le vi  
perseguido..., insultado..., obligado a emigrar de su patria..., ¡sin que  
yo, pobre de mí, pudiera evitarlo... ni servirle de nada en este mundo!

AMBROSIO. -¡La está usted haciendo llorar con esos recuerdos!

RAIMUNDO. -¡Es verdad!... Soy un majadero!... (Cambiando de tono.)  
¡Vaya, vaya!... A vivir... y no hay que volver la vista atrás. Lo pasado  
es como quien paga una deuda..., que no debe volver a acordarse de ella.  
¡Como si no fuera bastante motivo de alegría el encontrar a la hija de  
aquel...! ¡de aquel buen señor!... ¡tan generoso y tan!... (Vuelve a  
enternecerse, y dice haciendo un esfuerzo:) ¡Dale!... ¡Se acabó, vamos, se  
acabó el lloriqueo!... y ¡tararira!

MATILDE. -¡Ah! ¡Qué placer me ha dado usted contándome eso de mi  
padre!

RAIMUNDO. -¡Oh! ¡Aquel era un hombre de lo que hay poco!... (Óyese  
regañar dentro.)

Escena XI

Dichos, DOÑA BALTASARA, con una carta abierta.

BALTASARA. -¡Esto es una picardía!..., ¡una infamia!...

AMBROSIO. -¿Qué sucede, hermana?

BALTASARA. -¿Qué sucede?... ¡Tú nunca sabes lo que ocurre en tu casa!

AMBROSIO. -¿Pero qué?

BALTASARA. -¡Mira!... ¡Un billete amoroso!...

AMBROSIO. -¿Dirigido a ti?

RAIMUNDO. -(Aparte.) ¡Jesús! ¡A la ninfa del año 14!

BALTASARA. -¡No! Ya debes conocer por lo rabiosa que estoy que no es para mí..., ¡sino para esta señorita!

MATILDE. -¿Para mí?

RAIMUNDO. -(Aparte.) ¡Ah! ¡Eso es otra cosa!

AMBROSIO. -¿Cómo!...

BALTASARA. -Toma, lee. Acabo de despedir a Sinforosa, que era la encargada de...

AMBROSIO. -¡Qué veo!... ¡De D. Eduardo!

MATILDE. -(Aparte.) ¡Dios mío!

BALTASARA. -¡Ahora se entiende la negativa que antes nos dio la niña!

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Qué compromiso del diablo!

BALTASARA. -Para que Eduardo haya dado este paso, es forzoso que se vea correspondido...

MATILDE. -No lo crea usted. Al contrario, yo he huido siempre de darle la menor esperanza: jamás le he dicho una palabra que...

BALTASARA. -¿Es decir, que no le quieres?

MATILDE. -Yo sé que su tío trata de casarlo ventajosamente; y por nada en el mundo quisiera hacerle perder su suerte.

AMBROSIO. -¿Es decir, que rechazas su amor? (D. RAIMUNDO tose.) ¡Ah!... (Reparando en él.)

RAIMUNDO. -Perdone usted si me he enterado..., no es culpa mía el oír... Doña Baltasara es tan viva de genio, que no ha reparado en mí. Pero no importa. Como todo lo que tiene relación con esa niña me interesa...

AMBROSIO. -Vamos, ¿y qué?

RAIMUNDO. -¿Y qué?... Que se me figura que están ustedes los dos tocando el violón... y que doña Matilde está muy lejos de pensar en rechazar el amor de ese joven. (A MATILDE.) ¡Vamos, no hay que ponerse colorada por eso!

AMBROSIO. -Esa boda es imposible. Matilde lo conoce. El general tiene sus proyectos... y nunca consentirá...

RAIMUNDO. -¿Y por qué? Puede que hablándole... se arregle el negocio.

BALTASARA. -¡No faltaba más!

RAIMUNDO. -¡Si ustedes tienen reparo, yo lo haré, vamos! Es lo menos que puedo hacer por la hija de mi bienhechor!... Y luego que por muy codicioso que sea ese señor general..., la novia que él haya elegido no será mejor que la que ha elegido su sobrino. En haciéndole ver que ésta es una señorita joven..., guapa..., título de Castilla... y rica...

BALTASARA. -¿Cómo rica? Matilde no tiene un cuarto.

RAIMUNDO. -(Sorprendido.) ¿Qué está usted diciendo?

MATILDE. -Es la pura verdad.

AMBROSIO. -Sí, señor.

RAIMUNDO. -¿No tiene un cuarto?

BALTASARA. -Que no. ¡Usted es el que está ahora tocando el violón, buen hombre!

RAIMUNDO. -¿Que yo estoy tocando el?... A ver, a ver... hágame usted el favor de explicarme..., porque lléveme el diablo si acabo de entender.

BALTASARA. -¡Allí viene Eduardo!

MATILDE. -¡Cielos!

AMBROSIO. -¿D. Eduardo?... Dejadme..., marchaos...

RAIMUNDO. -Pero, vamos a ver, yo quisiera enterarme...

AMBROSIO. -Bien, amigo..., luego... Mi hermana le llevará a usted a su habitación.

RAIMUNDO. -Corriente; pero es que yo necesito saber...

AMBROSIO. -Por amor de Dios, déjenme ustedes todos: quiero hablarle a solas.

BALTASARA. -(Yéndose.) ¡Darme a mí un chasco como este!

RAIMUNDO. -(Aparte, yéndose) ¿Que no tiene un cuarto?... Pues señor, ¿y aquel caudal?... ¡No, no! Yo he de poner en claro...

Escena XII

D. AMBROSIO, D. EDUARDO, en el jardín.

AMBROSIO. -¡Aquí de mi habilidad! Yo no puedo malquistarme con este joven. Por su recomendación espero conseguir la cruz, y es preciso valerme de alguna astucia... -¡Oh, Sr. D. Eduardo!... Ahora estaba pensando en ir a visitar a usted.

EDUARDO. -¿Tiene usted algo que decirme?

AMBROSIO. -Sí, señor.

EDUARDO. -¿Qué cosa?

AMBROSIO. -(Mirando alrededor.) ¡Chist..., bajito!...

EDUARDO. -(Aparte.) ¡Si habrán visto mi carta! -Hable usted. (D. AMBROSIO le enseña la carta que trajo DOÑA BALTASARA.) ¡Ah!...

AMBROSIO. -¿Conoce usted la letra?

EDUARDO. -Sr. D. Ambrosio, ya habrá usted visto por esta carta que mi amor es puro, y espero que usted, como protector de Matilde, le dará su aprobación.

AMBROSIO. -¿Yo? (Acercándose a él y poniéndole las manos en los hombros.) ¡Ay! ¡Qué ciegos son los enamorados!

EDUARDO. -¡Cómo!

AMBROSIO. -¡Ciego! ¿Qué no ha visto que yo lo había conocido desde el primer día?

EDUARDO. -¡Usted!

AMBROSIO. -¡Y que hacía cuanto podía por protegerlo!

EDUARDO. -¡Es posible! ¿Conque consiente usted?

AMBROSIO. -Con el alma y la vida.

EDUARDO. -¡Ah, Sr. D. Ambrosio!..., cuente usted con mi eterna gratitud. Voy, con permiso de usted, a ver a Matilde...

AMBROSIO. -¡Poco a poco!... Ella me acaba de hablar...

EDUARDO. -¡Ah!...

AMBROSIO. -Sí; devolviéndome su carta de usted.

EDUARDO. -¡Cómo!... ¿Ella se la ha entregado a usted?... ¿Y qué es lo que ha dicho?

AMBROSIO. -¡Nada!..., lo que dicen las muchachas siempre..., que



usted la hacía mucho honor..., que le apreciaba a usted mucho..., en fin, las frases de cartilla...

EDUARDO. -¿Y nada más?

AMBROSIO. -(Afectando turbación.) Sí tal...; añadió... que... por ahora no deseaba casarse.

EDUARDO. -¡Cielos!

AMBROSIO. -¡Caprichos, que no puedo yo tolerar!

EDUARDO. -Con todo..., si Matilde tiene inconvenientes...

AMBROSIO. -¡Qué, no señor! Este casamiento conviene bajo todos aspectos... Asegura la suerte de Matilde..., me liberta de una tutoría penosa..., y sobre todo..., me permite traer a mi hijo a mi lado.

EDUARDO. -¿Qué dice usted?

AMBROSIO. -Sí; tengo para él un buen partido..., pero mientras Matilde sea soltera no habrá medio de convencerlo.

EDUARDO. -Pues qué..., ¿se quieren?

AMBROSIO. -¡Con locura! Ya ve usted..., dos muchachos que se han criado juntos..., pierden la chaveta y...; pero en no volviéndose a ver, ya se les olvidará...

EDUARDO. -No, no; permita usted...

AMBROSIO. -¡Ella hará lo que se le mande!... ¡No faltaba más!

EDUARDO. -(Turbado.) Perdone usted, Sr. D. Ambrosio..., yo no quiero violentar su corazón.

AMBROSIO. -¡Qué disparate! Ya se le pasará...

EDUARDO. -¡De ningún modo! ¡Fue una ilusión!... ¡Me figuré poder conquistar un cariño... que otro ha merecido ya! El amor no se manda; y puesto que he llegado tarde..., me retiro.

AMBROSIO. -Pero hombre, ¿es posible!...

EDUARDO. -Es cosa resuelta. Desisto de toda pretensión a la mano de Matilde, y ahora mismo me vuelvo a Valencia.

Escena XIII

Dichos, D. RAIMUNDO.

RAIMUNDO. -Perdonen ustedes si les interrumpo...

AMBROSIO. -¡Vaya! ¿Qué quiere usted, abuelito?

RAIMUNDO. -Hablar un momento con usted a solas... si este caballero lo permite: es cosa que urge.

EDUARDO. -Sí, señor; yo me retiro. (Saludando.) Sr. D. Ambrosio...

AMBROSIO. -Amigo mío..., ¡vaya usted con Dios!

RAIMUNDO. -No, no se vaya usted muy lejos. Vuelva usted luego..., porque también a usted tengo que hablarle.

EDUARDO. -¿A mí?

RAIMUNDO. -Sí, de la señorita Matilde.

EDUARDO. -¡Cómo! ¿De Matilde?

RAIMUNDO. -¡Pues!, y una buena noticia.

EDUARDO. -¡Cielos!

AMBROSIO. -¿Qué?

RAIMUNDO. -(A D. AMBROSIO.) Soy con usted.

EDUARDO. -(Saludando.) Señores, beso a ustedes las...

RAIMUNDO. -(Despidiéndole.) ¿Conque hasta luego?

EDUARDO. -¡Oh, sin falta! (D. RAIMUNDO acompaña a D. EDUARDO, que

va por el jardín. Entretanto D. AMBROSIO se sienta junto al velador que está a la derecha. D. RAIMUNDO toma una silla que hay junto a la mesa de despacho y va a sentarse junto a D. AMBROSIO.)

Escena XIV

D. AMBROSIO, D. RAIMUNDO.

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Anda ya por aquí como Pedro por su casa! Conque, vamos a ver, abuelo, ¿qué ocurre?, ya estoy escuchando.

RAIMUNDO. -Usted dirá que le trato sin ceremonias, mi amigo y señor D. Ambrosio; pero como somos conocidos antiguos...

AMBROSIO. -Bien, como usted guste; pero al grano, que estoy de prisa. Acabemos.

RAIMUNDO. -Sí, pero para acabar... es preciso empezar. Así van siempre las cosas: primero se empieza, y luego... ¡Eh, eh, eh!... ¿No es verdad?

AMBROSIO. -Vamos, ¿qué quiere usted?

RAIMUNDO. -Que me saque usted de una duda, mi querido y estimado D. Ambrosio. Ya le he preguntado a su hermana de usted..., pero ¡tiene una cabeza!..., todavía es muchacha...

AMBROSIO. -¡Hombre!...

RAIMUNDO. -De condición. Usted ya es otra cosa... Usted es ya un mozo formal..., y con usted se puede hablar.

AMBROSIO. -¿Acaba usted?

RAIMUNDO. -Empiezo. Pues señor, ¡yo estoy en Babia! Se ha dicho aquí antes que doña Matilde no tenía un cuarto: es noticia que me sorprende, y deseo que usted...

AMBROSIO. -¿Eso era? ¡Vaya, vaya! Otro día hablaremos, abuelito.

RAIMUNDO. -Es que yo quisiera que fuera ahora..., si a usted no le molesta. Ya debe usted conocer lo que me interesa esa niña. ¡Si hay alguien en el mundo que le disputa su herencia..., aquí estoy yo! Puedo darle a usted noticias muy exactas. Mire usted, la hacienda de Alfalá...

AMBROSIO. -¡Déjese usted de noticias! La noticia es que esa niña no tiene nada, porque el marqués, al emigrar el año 23, vendió todos sus bienes.

RAIMUNDO. -Vendió..., vendió... Ya sé que los vendió; pero fue a usted.

AMBROSIO. -Es verdad.

RAIMUNDO. -Pues bien; entonces ella es dueña...

AMBROSIO. -De nada.

RAIMUNDO. -¿De nada?... ¡Hombre! Poco a poco..., poco a poco...; hablemos con formalidad...

AMBROSIO. -Sí, con formalidad. Hablemos de cosas más importantes.

RAIMUNDO. -¿Más importantes?...

AMBROSIO. -Hablemos del arrozal que va usted a poseer...

RAIMUNDO. -¡Taratara! ¡Ahora estoy yo pensando en el arrozal!... ¡Cómo si pudieran salir a disputármelo muchos que tengan 102 años! Vaya, vaya, hablemos de nuestro negocio. (D. AMBROSIO se levanta, cruza el teatro, toma un papel de la mesa de despacho y se dirige al jardín. D. RAIMUNDO, que se ha retirado al fondo, le cierra el paso por todos los lados que busca D. AMBROSIO para escaparse.)

AMBROSIO. -¡Hombre, déjeme usted pasar!... ¡Dale!... ¡Mire usted que

estoy de prisa!..., los intereses del pueblo me llaman...

RAIMUNDO. -No; si no se va usted sin haberme respondido.

AMBROSIO. -¡Cuidado, que se va usted tomando ya unas libertades!

RAIMUNDO. -Ahora no se trata de enfadarse..., el enfadarse no conduce a nada. Conque hablemos en razón..., si es posible. Usted es tutor de la marquesita; la marquesita era rica; ahora dice usted que la marquesita no tiene nada... ¿Cómo se entiende esto?

AMBROSIO. -¿Creo que usted me reconviene?

RAIMUNDO. -Y yo creo que usted no me responde ¿Sera cosa que?...

AMBROSIO. -¡Es gracioso el capricho!

RAIMUNDO. -Si es gracioso, ¿por qué se enfada usted?

AMBROSIO. -¿Qué significa eso?

RAIMUNDO. -Significa que ya voy conociendo lo que anda.

AMBROSIO. -¿Usted se olvida de que yo mando aquí?

RAIMUNDO. -¡Taratara! Con otros señores más encopetados que usted me las he tenido yo tiesas en mi vida.

AMBROSIO. -¿Sabe usted que tengo autoridad para hacerle salir del pueblo?

RAIMUNDO. -¿A mí?

AMBROSIO. -¿Que usted no tiene ocupación ni domicilio conocido?

RAIMUNDO. -¿Domicilio? Vaya, ¿pues no estoy en su casa de usted?  
¡Calla! ¿Usted trata de intimidarme a mí?

AMBROSIO. -¡Eh! ¡Ya no hay paciencia que baste!..., y al fin y al cabo...

RAIMUNDO. -¡Cuidadito!... Si usted da voces, puede venir gente.

AMBROSIO. -¿Qué me importa?

RAIMUNDO. -Es que entonces tendré que decir delante de todos lo que yo no quería decir sino a usted solito.

AMBROSIO. -¿Y qué dirá usted?... Vamos a ver.

RAIMUNDO. -Diré... diré que usted no es legítimo poseedor de los bienes del marqués de Alfalá.

AMBROSIO. -(Turbado.) ¿Cómo?...

RAIMUNDO. -(Alzando la voz.) Diré, ya que usted me obliga a ello, que la escritura de venta que le hizo a usted el año 23 en el momento de emigrar, no tenía otro objeto que el de evitar que le confiscasen los bienes; ¡que fue una escritura simulada!...

AMBROSIO. -(Turbado.) ¿Cómo es eso?

RAIMUNDO. -Que D. Roque Samperet, el fiel de fechos, hizo una contra-escritura firmada por usted.

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Santo Dios!...

RAIMUNDO. -(Cada vez más alto.) Y que en esa contra-escritura reconocía usted y confesaba ser únicamente depositario de los bienes del marqués.

AMBROSIO. -(Asustado.) ¡Más bajo!

RAIMUNDO. -(Bajando de repente la voz.) ¿No quería usted gritar? Ya ve usted que yo sé gritar también. (Alzando la voz.) ¿Quiere usted que gritemos?... Pues vamos gritando.

AMBROSIO. -No, por Dios. Pero ¿quién le ha dicho a usted?...

RAIMUNDO. -¡Si fui yo quien extendió la contra-escritura!

AMBROSIO. -¿Usted?

RAIMUNDO. -¡Pues si yo era escribiente de D. Roque!

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Maldito seas! -¿Y ese documento?...

RAIMUNDO. -En la escribanía se depositó; allí se encontrará.

AMBROSIO. -¿Está usted seguro de ello?

RAIMUNDO. -¡Vaya! ¡Como si hubiera sido ayer!... Verá usted como yo... (Yéndose.)

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Me he salvado! (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!...

RAIMUNDO. -¿De qué se ríe usted?

AMBROSIO. -¡No está mal inventado el cuento!...

RAIMUNDO. -¿Cómo cuento?

AMBROSIO. -Tío Tararira, usted no tiene la cabeza sana; todo eso lo ha soñado usted.

RAIMUNDO. -¿Que lo he soñado? ¡Está usted fresco! Me parece estar viendo la contra-escritura... en papel del sello cuarto...

AMBROSIO. -¿Sí? Pues vaya usted a buscarla.

RAIMUNDO. -¡Pues ya se ve que la buscaré... y la encontraré!... Iré a la escribanía... y al juzgado... y a la audiencia... ¡y a la misma reina!, y gritaré: ¡Justicia!..., ¡hasta que haya alguien que me oiga!...

AMBROSIO. -¡Pobre viejo!

RAIMUNDO. -Gracias te doy, Dios mío, que entre todos los de mi tiempo me has dejado a mí solo olvidado en el mundo para que pueda pagar a la hija el beneficio que recibí de su padre. Así que haya cumplido con esa deuda que tengo sobre el corazón, así que yo deje a esa niña rica y feliz..., ¡tararira!..., ¡que me lleven al cementerio!... (Se dirige a pasos vivos a tomar el sombrero y los guantes.)

AMBROSIO. -¿Dónde va usted?

RAIMUNDO. -¡A mi negocio!... (Poniéndose los guantes muy agitado y muy temblón.) Cuando se trata de impedir una picardía..., soy más listo que un muchacho de 20 años.

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Demonio de hombre!

LUCAS. -(Por el foro.) ¡Señor alcalde!... ¡Señor alcalde!

AMBROSIO. -¿Qué es eso?

Escena XV

Dichos, LUCAS.

LUCAS. -(Corriendo.) Señor alcalde..., ya está allí el señor cura y los mozos esperándole a usted.

AMBROSIO. -Bien; allá voy... (Aparte, deteniéndose.) ¡Si dejo salir a este hombre! -¡Ah! (A LUCAS.) Mira: quédate aquí; no pierdas de vista al viejo.

LUCAS. -¿Por qué?

AMBROSIO. -Tiene la cabeza un poco...

LUCAS. -¿De veras?

AMBROSIO. -Sí; no le dejes marchar; tú me respondes de él. (Se va por el foro.)

Escena XVI

D. RAIMUNDO, LUCAS.

LUCAS. -¡Calla! ¡Conque es un loco!... Por eso se me reía en mi cara, y decía...

RAIMUNDO. -¡Ea!... ¡A buscar la contra-escritura! (Yéndose.)

LUCAS. -¡Y se va! ¡Eh! ¡Diga usted!... ¿Adónde se va usted?

RAIMUNDO. -¡Ah! Tú podrás decirme... Dime: ¿dónde vive ahora D. Roque Samperet?

LUCAS. -¿Samperet... el herrador?

RAIMUNDO. -¡No!, el fiel de fechos.

LUCAS. -¡Ah!... ¿El Sr. Samperet?... ¿El padre de Samperet?...

RAIMUNDO. -Sí; ¿dónde vive?

LUCAS. -¿Dónde vive? ¡Si se murió!

RAIMUNDO. -¿Se murió? ¡Siempre me olvido de la edad que tengo! ¡No ha quedado nadie más que yo! Pero dime: ¿quién es su sucesor?

LUCAS. -¿Su sucesor?... ¡Toma!, su hijo.

RAIMUNDO. -¿Pues no dices que es herrador?

LUCAS. -Pues bien; como que es hijo..., es sucesor... y herrador.

RAIMUNDO. -¡No, hombre! Te pregunto quién ha tomado la escribanía de D. Roque después de su muerte.

LUCAS. -¡Ah!... Nadie.

RAIMUNDO. -¿Pues dónde están sus papeles?

LUCAS. -¡Qué!... ¡Si no quedaron papeles!

RAIMUNDO. -¿Cómo es eso? Pues cuando yo emigré del pueblo el año

23...

LUCAS. -Pues por entonces fue, según me contó mi padre... Dijeron que D. Roque era negro..., y el pobre tuvo que escapar de su casa..., salvó el dinero... y algunas otras cosillas...

RAIMUNDO. -¡Es posible!...

LUCAS. -Y fue, y se refugió en la iglesia..., donde parece que también estaba el cura escondido..., y allí se estuvieron los dos agazapados unos días..., hasta poder escapar. Y entretanto, la gente se fue en tropel a la escribanía..., rompieron la puerta..., sacaron todos los papeles... e hicieron con ellos una fogata en medio de la calle.

RAIMUNDO. -¿Qué dices?... ¿Quemaron los papeles?

LUCAS. -¡Toiticos! ¡Pues si no hay nadie en el pueblo que no sepa esa historia! ¿Qué le da a usted?

RAIMUNDO. -¡Quemados!... (Se deja caer en el sillón junto a la mesa.)

LUCAS. -¡Calla!... ¡Le va a entrar la locura!

RAIMUNDO. -¡Por eso hablaba con tanta insolencia ese pícaro de D. Ambrosio!... Por eso me decía: ¡búsquela usted! ¡Conque no hay medio de devolver sus bienes a esa niña!... ¡No hay pruebas!... ¡No hay más pruebas que mi palabra!... ¡Buen negocio es mi palabra!... Se reirán de mí..., dirán: «¡Ese viejo está loco!», como decía antes ese bribón...

LUCAS. -¡Pues es verdad!... ¡No tiene sana la cabeza! ¡Pobre viejo!

Escena XVII

Dichos, D. EDUARDO, en el jardín.

RAIMUNDO. -¡Y ese D. Roque!..., salirse de su casa..., sacar el dinero... y no sacar los papeles..., siquiera los más interesantes..., las escrituras... Allí en la iglesia pudo también esconderlas, como hizo el cura. ¡Válgame Dios!... -¡Ah, señor D. Eduardo!

EDUARDO. -Me dijo usted que quería hablarme, y vengo antes de marchar...

RAIMUNDO. -¡Marchar! ¿Y por qué se marcha usted?

EDUARDO. -(Sorprendido.) ¿Porqué?

RAIMUNDO. -Usted está enamorado de doña Matilde... (Extrañeza de

EDUARDO.) Sí, señor, yo lo sé. Hoy mismo ha pedido usted su mano.

EDUARDO. -Es cierto; pero ignoraba cuando la pedí que ella amaba al hijo de don Ambrosio.

RAIMUNDO. -Al hijo de D.... ¿Quién le ha dicho a usted semejante cosa?

EDUARDO. -El mismo D. Ambrosio.

RAIMUNDO. -¡Me lo había figurado! ¡Ese hombre miente más que la Gaceta!

EDUARDO. -¡Pues qué!... Matilde...

RAIMUNDO. -Mentira: no le quiere, y se ha negado a darle la mano.

EDUARDO. -¿Y a mí?

RAIMUNDO. -¿A usted?... ¡A usted... se la daría con alma y vida!...

EDUARDO. -¿Ella se lo ha dicho a usted?

RAIMUNDO. -No hace media hora.

EDUARDO. -¡Oh! En ese caso no me marcho.

RAIMUNDO. -¡Bien hecho, sí, quédese usted, quédese usted!... Usted es joven..., tiene buenas piernas..., y me ayudará...

EDUARDO. -¿A qué?

RAIMUNDO. -¡A confundir a ese D. Ambrosio!... ¡A volver a Matilde los bienes que le pertenecen..., y que le han robado!

EDUARDO. -¡Es posible!

RAIMUNDO. -¡Y si no, no hay boda!

EDUARDO. -¡Cómo!

RAIMUNDO. -¡Pues es claro! ¡Su tío de usted se opondrá..., porque lo que él quiere para usted es una novia con dote!... ¡Pero lo tendrá usted!... ¡Tendrá usted dote!... ¡Y cosa grande!...

EDUARDO. -¡Qué me importa el dinero! ¡Lo que yo anhelo, no son los bienes, sino el cariño, el amor de Matilde!...

RAIMUNDO. -Bien; pero el amor..., en llegando el mediodía, también quiere sentarse a la mesa... ¡Y saber que todo esto es suyo!... ¡Y que lo está disfrutando ese pillastrón!...

(Óyense dentro gritos de «¡Viva el señor alcalde!» LUCAS, que al empezarse esta escena se ha puesto a pasear por el jardín, y ha estado mirando hacia la calle, viene al proscenio.)

LUCAS. -¿Oyen ustedes?...

EDUARDO. -¿Qué gritos son esos?...

LUCAS. -¡La gente que viene de la iglesia con el señor alcalde!... ¡Esto es señal de que algo han encontrado!... ¡Voy a ver!... (Se va corriendo. Siguen las voces de «¡Viva el señor alcalde!», que se van aproximando.)

EDUARDO. -Gritan ¡viva el señor alcalde!...

RAIMUNDO. -¡Eso es! ¡Ahora le traerán en triunfo! -Pues esos que ahora gritan son los hijos de los que fueron a quemar los papeles... ¡Salvajes!

Escena XVIII

Dichos, D. AMBROSIO, LUCAS, DOÑA BALTASARA, MATILDE, vecinos de ambos

sexos.

(Los vecinos traen en volandas al alcalde, vitoreándolo. Otros traen unos libros de parroquia, en pergamino antiguo, y varios legajos de papeles

atados con balduque y con lapas de pergamino, todo lo cual colocan en las mesas. Detrás vienen los regidores del ayuntamiento con un escribano, rodeando a unos mozos que traen un cofre.)

VECINOS. -¡Ya han parecido..., ya han parecido!...

OTROS. -¡Viva el señor alcalde!...

LUCAS. -¡Todo se ha encontrado..., todo!... ¡Viva el señor alcalde!

VECINOS. -¡Viva!...

AMBROSIO. -¡Aquí ese cofre!... (Lo ponen en el suelo.) Vamos pronto.

Alguacil: a abrir el cofre. ¡Despáchate!

LUCAS. -(Abriéndolo.) Ya está... ¡Cuántos papeles!...

LOS VECINOS. -¡Viva!...

AMBROSIO. -(En tono de alocución.) ¡Hijos! Después de tantos años de vanas diligencias, mi celo por vuestro bien ha obtenido de la Divina Providencia que ilumine mis sentidos y bendiga mis esfuerzos para lograr lo que mis dignos antecesores han intentado infructuosamente. ¡Dichoso yo, que he conseguido hacer este insigne beneficio a mis administrados! ¡Desde hoy se considera feliz... vuestro alcalde... Ambrosio Carrizo!  
(Durante la alocución, LUCAS, de rodillas delante del cofre, va sacando legajos que corren de mano en mano. D. RAIMUNDO, que está junto a la mesa de despacho, se pone los anteojos, y empieza a registrar los que llegan allí. D. AMBROSIO, terminada su arenga, toma un legajo, y se va al velador a examinarlo. Los vecinos le rodean felicitándole. A su lado están DOÑA BALTASARA, a quien también felicitan, y MATILDE. Otros andan por el jardín. D. RAIMUNDO está aislado, sin cesar de registrar.)

RAIMUNDO. -¡No es esto!... ¡Tampoco es esto!... Año de 1700... ¡Esto es! (Registrando el libro.)

LUCAS. -¡Este es el último legajo!

AMBROSIO. -¡Venga!... ¡Calla!... ¡Escrituras!... ¡Qué veo!...

BALTASARA. -¿Qué has hallado?

AMBROSIO. -¡Nuestro apellido!... (Desatándolo.)

BALTASAR. -¿Nuestro apellido?...

RAIMUNDO. -¡Aquí está! (Lee.) Año de 1746..., bauticé a un niño..., y le puse... «Raimundo Hermenegildo...» ¡Eh, eh!... ¡Este era yo!

AMBROSIO. -¡Cómo es que se encuentran aquí papeles de la escribanía!... ¡Mira, hermana, mira!... ¡El título que nos faltaba!...

BALTASARA. -¡Es posible!

RAIMUNDO. -(Atendiendo.) ¡Cómo es eso!... ¿De la escribanía?... (Tomando varios legajos, y yendo a examinarlos.)

AMBROSIO. -(Con gozo.) ¡Íbamos a perder un pleito por falta de este documento!... ¡Aquí está!...

RAIMUNDO. -(Leyendo.) «Escritura de traspaso...»

AMBROSIO. -¡Ganamos tres mil ducados de renta! (Se aumentan las felicitaciones.)

RAIMUNDO. -¡Eso es! ¡Todos los pícaros tienen fortuna!... (Sigue examinando, y de repente hace un gesto de sorpresa.) ¡Hola!... Aquí veo mi letra... ¡Sí, mi letra es!... ¡Vaya, que no hacía yo mala letra entonces! (Con una exclamación.) ¡Santo Dios!... ¡Esta es!... ¡Aquí está!...

AMBROSIO. -He ganado el pleito. Aquí tengo las pruebas.

RAIMUNDO. -¡Y yo las mías! ¡Era imposible que el bueno de D. Roque no salvase sus papeles!... ¡Ea, ea!... ¡Viva el señor alcalde!...

AMBROSIO. -¡Gracias, abuelito, gracias!... ¡Ah, este es el día más dichoso de mi vida!

RAIMUNDO. -Y para que nada falte a su felicidad de usted... (Tomando de la mano a D. EDUARDO.), para que todos sean hoy dichosos..., le pido a usted para mi protegido la mano de la marquesita de Alfalá.

AMBROSIO. -¡Quite usted!

EDUARDO. -¿Qué dice usted?

MATILDE. -Caballero..., esa broma...

RAIMUNDO. -No hay aquí broma.

AMBROSIO. -(A los demás.) ¡No hagan ustedes caso!... Es un pobre viejo que tiene la cabeza...

RAIMUNDO. -Mejor que la de usted. ¿Conque, consiente usted, sí o no?

EDUARDO. -¡Vamos, amigo!...

MATILDE. -¡Deje usted!...

RAIMUNDO. -Niños, no os dé cuidado. (Con regocijo, guardándose en el pecho un cuaderno.) Tengo aquí el consentimiento de D. Ambrosio, firmado de su mano... ¡Eh, eh, eh!

AMBROSIO. -¿Mi consentimiento?

RAIMUNDO. -¡Y es usted demasiado hombre de bien... (Presentándole la contra-escritura.) para negar su firma!

AMBROSIO. -¡Cielos!... ¡La contra-escritura!

RAIMUNDO. -¡Ahí estaba..., usted mismo la ha traído..., muchas gracias!

AMBROSIO. -(Aparte.) ¡Me he perdido!

RAIMUNDO. -(Aparte a D. AMBROSIO.) ¡Si usted no me desmiente..., evitaré el escándalo! -Conque, ¿es cosa arreglada?

AMBROSIO. -(Turbado.) ¡Señor mío!...

BALTASARA. -¡Hermano!... ¿Consentirás?...

RAIMUNDO. -¡Toma, y aún hará más! Como D. Ambrosio es hombre generoso..., y no gusta de hacer las cosas a medias... (A MATILDE.) Le da a usted en dote, señorita, todos los bienes que le había comprado a su padre de usted.

BALTASARA. -¡Este hombre está rematado!

AMBROSIO. -Pero señor...

RAIMUNDO. -¿No es eso lo que dice usted aquí? ¿Quiere usted que lo lea?

AMBROSIO. -¡No, no!... (Aterrado.) ¡Eso es!

EDUARDO. -¡Sr. D. Ambrosio!...

MATILDE. -¡Tanta generosidad!... (Se dan la mano.)

LUCAS. -¡Qué alcalde tenemos!... ¡Viva el señor alcalde! (Todos le vitorean.)

RAIMUNDO. -¿Ve usted, ve usted cómo la probidad tiene su recompensa?

AMBROSIO. -¡Sí..., es verdad!... (Aparte.) ¡Maldita sea tu estampa!...

RAIMUNDO. -¡Ea! Ahora entro yo: venga para mí el arrozal.

MATILDE. -¿Qué falta le hace a usted?...

EDUARDO. -¡Vivirá usted con nosotros!...

MATILDE. -¡Será usted nuestro segundo padre!

RAIMUNDO. -¡Acepto, hijos míos! Lucas, el arrozal es para tu tío.

LUCAS. -¡Muchas gracias!... Viva el abuelo. (Aparte.) Ahora me alegro



de haberlo preso.

RAIMUNDO. -(Loco de gozo.) ¡Tararira!... ¡Cuando hago una buena acción siento una cosa aquí dentro, que se me figura que voy a vivir otros cien años!... ¡Dios me los conceda..., si han de servir para hacer triunfar la verdad y la justicia!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

